



IMPRESIONES AL BORDE DEL MANTO DE SANTIAGO

Estoy en la Plaza del Obradoiro de Santiago de Compostela, Galicia, y me entran ganas de cagar. Lucina me dice:

-Compóntelas como puedas, Santiago, y si no vete a cagar al palacio de Rajoy.

Eso hago, y marchó apretándome los pantalones contra el culo; tanto que parezco un payaso. Lo que hace que algunos extranjeros me tiren algunas monedas de dinero, sobre todo los japoneses, pues, como dice Lucina, “tengo, como ellos, cara de cagalera”.

Para colmo de males, me ha salido un grano justo al lado del huevo izquierdo y tengo que caminar espatarrado, pues el roce con los pantalones y el calzoncillo me hace ver las estrellas.

Camino del palacio, en vez de pisar huevos, piso Lamelibranquios Taxodontos y Heterodontos. Una vez que cague, a sus conchas las dibujaré una cruz de Santiago y se las venderé a los peregrinos.

Me he quedado a gusto en el retrete del palacio de Rajoy. Me he sentido como cagar sentado sobre el Botafumeiro, enorme incensario bañado en plata.

Ahora, vamos a entrar en la catedral, que me parece una Anodonta en su sección sagital. Los peregrinos y beatos entramos por el Ano al atrio llegando a la boca o altar, escuchando el berrido o rebuzno de las branquias de los orantes.

Estamos al borde del manto de Santiago en su cavidad paleal, y un ligamento elástico, formado por la continuación del perióstraco místico, me hace sentir santo en las proximidades de su charnela, determinada pasivamente la abertura de la concha que le cuelga.

-Daniel de Culla